

puestos á sucumbir entre sangre y escombros, primero que rendirse. Pero sus esfuerzos y su abnegacion iban á ser inútiles, porque ya faltaban municiones. Velarde pudo recoger un cajon de piedras de chispa; agotáronse tambien estas muy pronto, y ya no quedaba mas esperanza que la de una muerte gloriosa, cuando el enemigo enarbola bandera de paz y pide parlamento. Replegados al interior del edificio los valerosos patriotas que lo defendian, Daoiz, que cada vez iba perdiendo mas sangre, pero á quien el espíritu le sostenia firme en la pelea, quedóse en medio de la calle casi solo, apoyado en un cañon y espada en mano. Entonces Lagrange se acerca al bravo español, y, pretestando parlamento, levanta el sable para herirle. Daoiz castiga su cobarde traicion con una estocada; pero carga sobre él una turba de enemigos, que

le dejan en tierra acribillado de heridas, á las cuales sucumbió algunas horas despues.

No tuvo mas fortuna su compañero Vellarde; este al salir del almacen del Parque, donde habia ido en busca de municiones, fué mortalmente herido de un pistoletazo por la espalda.

¡Así perecieron estos dos mártires de la Independencia española, cuyo heroismo llenó de asombro aun á los mismos enemigos de la patria, y cuya fama y grandeza irán creciendo con el trascurso de los siglos, para ejemplo de las generaciones venideras!

Lejos de terminar con estas catástrofes la lucha, seguia mas encarnizada: la insurreccion era general, tomando parte en ella todo el pueblo, y reemplazando las mujeres á los hombres, en los puntos de mas peligro, cuando estos sucumbian. Madrid resucitaba

los prodigios de Numancia y de Sagunto, ardiendo en deseos de acabar con el extranjero, que profanaba la santidad del hogar doméstico esterminando, sin piedad, mancebos y doncellas, ancianos y niños, sacerdotes y magistrados, y entregándose, además, al incendio y al saqueo.

El pueblo, como hemos dicho, no cedía, y mucho menos contemplándose vencedor; solo á la voz de los ministros de la Junta que salieron por las calles agitando pañuelos blancos en señal de tregua, segun lo convenido con Murat que habia propuesto este medio, mas bien que compadecido de tanta desgracia, temiendo quedar vencido y derrotado en la demanda, solo á la voz, repetimos, de aquellos ancianos que iban gritando: ¡Paz! ¡Paz! por todas partes, amansóse como por encanto este pueblo indomable al poder de las armas extranjeras.

## IV.

« ¡ Ah ! ¿ qué te hice ? »

(*esclama el triste, en lágrimas deshecho*);  
mi pan y mi mansion partí contigo;  
te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,  
templé tu sed, y me llamé tu amigo;  
¿ y ahora podrás pagar el hospedaje  
síncero, franco, sin doblez ni engaño  
con dura muerte y con indigno ultraje? »

(*Juan Nicasio Gallego.*)

¡ Héroes de Mayo, levantad las frentes!  
sonó la hora, y la venganza espera;  
id, y hartad vuestra sed en los torrentes  
de sangre de Bailen y Talavera.

(*ESPRONCEDA.*)

Faltaba á la negra historia de Murat un epílogo digno de semejante mónstruo, y él mismo lo escribió con las manos ensangrenadas mientras los madrileños se retiraban pacíficamente á sus hogares, descansando en la fé de un extranjero; sí, hasta en la fé ¡ tanta era su lealtad! de un extranjero

como el duque de Berg, cuñado de Napoleón. Hélo aquí, copiado *literalmente* de un documento de aquel día:

«Soldados: la población de Madrid se ha sublevado, ha llegado hasta el asesinato. Sé que *los buenos españoles* han gemido de estos desórdenes: estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean mas que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa clama por la venganza: en su consecuencia, mando lo siguiente:

Art. 1.º El general Grouchi convocará esta noche la comisión militar.

Art. 2.º Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano, *serán arcabuceados*.

Art. 3.º La Junta de Estado va á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes, que despues de la ejecucion de esta orden se hallaren armados

ó conservaren armas sin una permision especial, *serán arcabuceados*.

Art. IV. Todo lugar donde sea asesinado un francés, *será quemado*.

Art. V. Toda reunion de mas de ocho personas, será considerada como una junta sediciosa y *deshecha por la fusilería*.

Art. VI. *Los amos quedarán responsables de sus criados; los gefes de talleres, obradores y demas, de sus oficiales; los padres y madres, de sus hijos; y los ministros de los conventos, de sus religiosos.*

Art. VII. Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos y manuscritos provocando á la sedicion, *serán considerados como unos agentes de la Inglaterra, y arcabuceados.*»

El bando se ejecutó á completa satisfaccion de Murat. Todo comentario es ocioso.

El presidente de la comision militar era

un español, sin duda *de los buenos*, el capitán general don Francisco Javier Negrete.

Numerosas hordas de asesinos extranjeros, beodos y desenfrenados, recorriendo y registrando en las sombras de la noche las calles y casas de la capital, sacrificaron en horrible hecatombe ciudadanos indefensos é inocentes, cuyos ayes desgarradores y el *pa- voroso estruendo de las descargas* que, *abrian la puerta de la inmortalidad á centenares de víctimas*, eran lo único que interrumpia el silencio sepulcral de aquella noche horrenda <sup>†</sup>.

Los combustibles para el gran incendio estaban hacinados: ciento cincuenta mil fran-

<sup>†</sup> La pérdida de los franceses durante el día, añade el historiador á que antes hemos aludido, fué de mil quinientos muertos, incluyendo un general de division y mas de sesenta oficiales, á los que los españoles persiguieron con mas ardor; al

ceses caminaban, sin saberlo sobre un volcan, ó si lo sabian aparentaban despreciarlo, ensoberbecidos con la conquista de medio mundo. En tales circunstancias, pues, don Juan Perez Villaamil, fiscal del Supremo Consejo de la Guerra, que para reponer su salud habia ido á Móstoles, sabiendo el estado afflictivo de Madrid, é inflamado por el fuego del patriotismo, toma el nombre de la autoridad municipal del mencionado pueblo, y despacha á todas las provincias de comunicacion segura y espedita el siguiente oficio:

«La patria está en peligro. Madrid parece víctima de la perfidia francesa. Españo-

paso que la pérdida de los madrileños, segun el expediente formado por el Consejo de Castilla, fué solo de ciento cuatro muertos, cincuenta y cuatro heridos y treinta y cinco estraviados. Segun el parte de Moncey, se echaron de menos cinco mil franceses; el general Grouchi rebaja la mitad.

les, acudid á salvarle. Mayo 2 de 1808.—  
El alcalde de Móstoles.»

A poco España toda se levanta como un solo hombre. Los jardines y los bosques sagrados de la patria reverdecen con la fecunda sangre de Mayo, y las viudas y las doncellas y los huérfanos arrancan de ellos laureles y encina para las trescientas coronas que nuestros abuelos y nuestros padres conquistaron en las trescientas batallas ganadas á las legiones del moderno César.

¡Qué contraste, el del valiente oficio de Villaamil, con la menguada carta que el infante don Antonio, presidente de la Junta, remitió el día 4 al bailío don Francisco Gil, horas antes de abandonar el pueblo que se habia sacrificado tan caballerescamente por sus príncipes!

«Al señor Gil (decia la carta).— A la Junta para su gobierno pongo en su noticia

como me he marchado á Bayona, de orden del rey, y digo á dicha Junta, que ella siga en los mismos términos como si yo estuviese en ella. Dios nos la depare buena. Adios, señores, hasta el valle de Josafat.—Antonio Pascual.»

El dia 3, dia tambien aciago por los fusilamientos de la montaña del Príncipe Pio, no se veian los frescos y olorosos *mayos* que acostumbraban á poner los niños y las jóvenes en celebridad de la Invencion de la Santa Cruz, en las puertas de las casas ó delante de las paredes de las aceras. Dia era de llanto de y oraciones por los que habian muerto en la víspera, y no de tejer guirnaldas de rosas y de azucenas.

Ya no trepaban por la reja de la manola aquellas verdes enredaderas que vestian las barras de hierro; vacías estaban las jaulas de las tórtolas, y ningun pajarillo se acercaba á ellas buscando el grano de trigo ó la

rizada hoja de escarola que allí ponía Maruja todas las mañanas. La pobre muchacha, tendida sobre una manta rota, y mal envuelta en una mortaja de lienzo de estopa, apagados aquellos ojos amorosos, encanto y alegría de los corazones, desmadejada la larga cabellera negra sobre su seno de alabastro, en el que se veía la huella sangrienta de dos manos, era una de las víctimas en que más se había cebado la crueldad de la soldadesca, y una también de las que habían espirado murmurando en su agonía las santas palabras de todos los mártires de aquella espantosa lucha:

—¡Viva España!

Lagartija yacía también cadáver á su lado. No queriendo sobrevivir á su amada, en un raptó de delirio clavóse en el pecho un cuchillo que todavía empuñaba tenazmente su mano crispada, quedándose con los ojos

vueltos hácia la manola, y sonriendo sus labios entreabiertos como si la pidiesen el último beso, y acaso el primero.

El señor Geromo, de rodillas en un rincón de la estancia mortuoria, rezaba devotamente con Juanelo por los difuntos. Concluido el rezo, encendió un cigarro, tosió, escupió por el colmillo, y con acento ronco, pero firme, dijo al carnicero:

—¿Sabes lo que digo, Juanelo?

—Dígalo su mercé y lo sabremos.

—Yo voy ya caminando pa cincuenta años.

—Así lo creo.

—El día menos pensao, estiro la pata y *sansacabó*.

—No hay que cabilar en eso, señor Geromo.

—Pues como digo, voy á sentar praza.

—¡Trempano y con sol! Su mercé está loco.

—Entavía puedo manejar el fusil.

—¿Y en qué regimiento? ¿En voluntarios del Estao?

—¡Quiá! me paso al francés.

—No cuela.

—Como esa luz que nos alumbra.

—¿Se güelve su mercé afrancesao, dem-pues de habel perdido... ¡Ah! ¡qué animal!

—se interrumpió Juanelo, dándose una palmada en la frente.—¡Ya caigo!

—Me hago afrancesao—añadió el señor Geromo, acercándose al oido de su interlocutor—pa matar franceses, sin responsalidá. ¡Si pudiera espavilar á Murat <sup>1</sup>!

—Pues yo, que no tengo ya padre ni ma-

<sup>1</sup> Don Francisco Alcalá, compatriota nuestro, prendió á Murat que pretendia sublevar el reino de Nápoles, cuyo trono habia ocupado, y que fué *arcabuceado* en Pizzo siete años despues del *Dos de Mayo*.

dre, ni perrito que me ladre, tambien cambio de camisa. Mañanita á güena hora, á ver al general Morral.

—Aquí espero, Juanelo.

Diéronse las manos los dos madrileños, y al dia siguiente sentaron plaza como a francesados... para matar franceses.

## UNA GOLOSA.

*Quien bien te quiera te hará llorar*, dice el adagio: para ser completo debia añadir: *ó rabiar*. Esto último es lo que á mí me sucedió con un mi amigo que, creyendo hacerme un gran favor me recomendó, en mal hora, una criada, de quien no diré mas sino que parecia una lombriz, y tenia cara de lame-platos.

Para que vean ustedes que no es broma esta historia, copio á continuacion la episto-

la de mi amigo , puesto que , callando su nombre , el contenido de aquella , por mas que lo publique , siempre conservará su carácter confidencial.

Héla aquí:

«Querido Aguilera: Si quieres verte bien servido , admite á la dadora , Damiana Biberones , muchacha fiel á toda prueba , callada si las hay , humilde si las hubo , y tan hacendosa que se le puede confiar enteramente el gobierno de una casa. Espero que me agradecerás el regalo , pues regalo es , y no pequeño , el endosar sin interés alguno una letra de tanto valor como una doméstica de las circunstancias de la Biberones.»

Tuyo etc.

P. D. El pan vale caro , la fortuna que es malo , y los demas artículos , que no son

buenos, andan por las nubes; pero la Damiana no aumentará mucho tu presupuesto manducatorio: ¡pásmate! no come.»

—¡Oh felicidad! exclamé, en cuanto hube leído las consoladoras líneas que anteceden.

En efecto; mi situación no era en aquel entonces tan desahogada, que no me viniese de molde una ganga como la referida; y me contemplaba no menos dichoso que si hubiera encontrado la cuadratura del círculo, ó un medio ingenioso de escribir un periódico político sin necesidad de depósito, ni de editor responsable.

—¡Lástima seguramente (pensaba para mí) que la Biberones haya de costarme salario! Tal vez quiera mi amigo hacerme el obsequio por completo, y al finalizar el mes primero, cuando yo vaya á pagar á la moza, me diga ella que no recibe dinero.

En esta excelente disposición de mi ánimo

mo , se presentó en mi casa la recomendada; y despues de dirigirla el ama las preguntas de costumbre , sobre barrido , fregado , salario , costura , plancha , etc. , etc. , recibí á la Biberones , mas contento que un mozo de cordel á quien le cae un ambo de la lotería primitiva.

Lo único que advertí en ella en el momento de su admision , fué que sus ojos no cesaban de dirigirse hácia unas tacitas de natas que me habian mandado de Salamanca y que estaban encima de la mesa del comedor. Aquellos objetos ejercian en ella una especie de atraccion indefinible.

—Es que no ha visto nunca natas (me decia yo), y le llaman la atencion; nada tiene de particular.

Sirviónos la comida á la hora correspondiente , y al otro dia notamos que no habia tocado siquiera la racion del anterior. Yo

estaba aturdido, y murmuraba:—Pues señor, es una perla; esta moza no tiene precio. ¡Luego dirán de las criadas! ¡calumniadores!

Viendo, sin embargo, pasados cuatro dias, que Damiana seguia ayunando, llegué á sospechar si sería un camaleon disfrazado de muger, suponiendo que los camaleones se mantengan de aire, cosa no muy demostrada, al menos en cierta clase de ellos que todos canocemos. ¿Será santa? me pregunté tambien varias veces. Por último, me fijé en una idea que ya no volvió á borrarse de mi mente; á saber, la de que viviria á costa de su propia sustancia, á la manera, segun varios fisiólogos, de las marmotas y de las culebras durante su largo sueño de invierno. Recordaba tambien la historia de algunas mujeres, en quienes se habia observado idéntico fenómeno. Que-

dó, pues, resuelta definitivamente en mi juicio la opinion de que Damiana era una marmota, una culebra humana.

Yo apenas pruebo el vino; pero procuro tener siempre un par de botellas, por si alguna debilidad de estómago ú otro accidente cualquiera lo hace necesario. En una ocasion me ocurrió decir á Damiana que sacase de la despensa una botella, y al punto me la trajo; pero observé que estaba algo menos que á medias, siendo así que nadie en casa habia probado su contenido.

—Damiana, le pregunté; ¿quién ha bebido de esta botella?

Sus pálidas megillas se colorearon un tanto.

—Señorito, no lo sé; me contestó.

—¡Es particular! murmuré yo.

—¿El qué, señorito?

—La merma del vino.

—Yo le diré á usted, repuso ella toda aturdida; se lo habrá bebido la urraca.

—Mujer, no diga usted disparates; ¿cómo una urraca habia de cojer la botella, empinarla y...

—Señorito, las hay muy astutas.

—¡Pero sino tenemos urraca!

—¡Toma! la del vecino.

Si no hubiera sido mirando á Dios, la espeto el casco en la cabeza.

Escasamente pasaria una semana, sin que ocurriera otra escena, cuya causa ni por sueños me hubiera yo imaginado. Hallábame medio dormido á las doce de un dia de gran calor, cuando oigo un chillido agudísimo que me hizo saltar como si me hubieran clavado un cuchillo.

—¡Damiana! ¡Damiana! grité. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

Damiana, mas colorada que un tomate,

con los ojos llorosos, toda trémula, y soplándose la mano derecha, acudió á mis voces, diciendo:

—Nada, señor, nada sucede: estaba arrimando unos carbones al fogon, y me he quemado un poco esta mano.

—Hija, me ha dejado usted sin gota de sangre en las venas; no ganamos para sustos; póngase usted un trapito de vinagre aguado, y cuidadito para otra vez.

Me dió gana de acercarme al teatro de la quemadura, y ví en la ceniza del fogon medio chorizo estremeño rodeado de algunos garbanzos, duros todavía como postas de plomo. La olla, sin embargo, permanecía en su sitio, y no se notaba en ella señal de haber caído.

Vuelta á interpelar á Damiana, que se habia quedado en mi gabinete.

— ¡ Damiana ! ¡ Damianita !

—Allá voy, señorito.

—¿Quién ha sacado de la olla este chorizo y estos garbanzos?

—¡Toma! habrán crecido con el hervor, y se habrán salido ellos solos.

—Muger —la dije ya incomodado —es usted capáz de hacer perder la paciencia al mismo Job. ¿Es posible que no diga usted palabra de verdad?

Damiana comenzó á gimplar y á limpiarse las lágrimas con una punta del mandil. Pero nadie me quita que su llanto era fingido, ó que lo habia provocado arrimándose algo picante á los ojos. Apestaba á cebolla.

—Acérquese usted al fogon, criatura, acérquese, y abra bien los ojos. ¿No vé usted la tapadera en su sitio?

—Sí, señorito.

—¿Por dónde, pues, se han escapado los garbanzos?

—Eso es lo que yo digo: ¿por dónde se han escapado los garbanzos?

Vuelvo á mi gabinete, y me encuentro esparcidas sobre la mesa de escribir algunas obleas, y desdoblado el enorme cucurucho que las contenia. Al punto sospecho otro percance, y torno á llamar á la fámula.

— ¡Damiana, escelente Damiana!

— Mande usted, señorito.

— ¿Quién ha andado en esta mesa?

— Nadie, señorito.

— ¿Cómo nadie? ¿Y las obleas que tenia en este cucurucho?

Estaba el balcon abierto.

— Señorito, habrán entrado los gorriones que ahora mismo piaban en el tejado de enfrente, y se las habrán comido. Les gustan mucho las obleas.

— Y usted me parece que no las escupe; repuse yo, abriéndole la mano izquierda que

mantenia ella cerrada, y en la cual ocultaba un puñado de obleas.

—¿Y esto, qué significa?

—¿Qué ha de significar? Quería escribir á mi padrino, y por no salir á comprarlas...

—¡Ya! se las engulló usted, porque todavía tiene usted parte de una azul pegada á los labios. Quítese usted, quítese de mi vista cuanto antes. ¿No se le da á usted comida de sobra á todas horas? ¿No se dejan á su disposicion la cocina y la despensa? ¿Pues á qué viene el pellizcar, roer y chupar todo lo que encuentra á mano? Eso es propio de gatas golosas.

—¿Yo golosa? ¿Yo golosa?

Nunca tal le hubiera dicho: esta palabra la hirió en lo mas vivo, la produjo el mismo efecto que si le hubiera puesto un par de banderillas.

—Ajústeme usted la cuenta, señorito.

—Damiana, abandone usted esas manjares y....

—Nada, nada, lo dicho dicho. ¡Yo golosa! ¡Golosa Damiana Biberones! Usted si que parece el espíritu de la golosina. ¿Creen ustedes que porque nos ven de criadas, no tenemos tambien nuestro aquel?

Referiré la última hazaña de la incomparable Damiana. Un dia tuve tres convidados, uno de ellos perteneciente al sexo femenino; y entre otros manjares, la doncella nos sirvió media docena de pichones. Queriendo obsequiar á la señora que honraba mi mesa, me puse á hacerla plato, preguntándole antes si le gustaba el corazon de aquel ave. Como su respuesta fuese afirmativa, principié á examinar pechugas despechugadas, ó abiertas ya, cosa que me chocó, y á rebuscar el bocado antedicho. Busca que te busca en una, y nada; veo la segunda...

nada ; emprendo con la tercera... lo mismo.

— ¡Cosa mas rara! exclamó uno de los convidados.

Por último, examiné los pichones restantes , y no encontré lo que buscaba.

La fámula habia tenido *una corazonada*, es decir, se habia manducado los corazones.

Indiqué á los convidados las mañas de Damiana, y en seguida la llamé para que presenciasen su frescura.

— ¡Damiana!

— Señorito.

— ¿Sabe usted por donde andan los corazones de estos pajaritos?

— Calle usted, señorito, si todavia me estoy riendo con lo que me ha pasado.

— (¡Que no te pasase una espada!) ¡Qué le ha pasado á usted?

— Que despues de pelarlos me dió gana

de abrirlos para ahorrar á ustedes ese trabajo, y me encontré con que ninguno tenia corazon.

—Habrá alguna familia, no clasificada todavia, de pichones sin víscera circulatoria; exclamó uno de los convidados, entendido en zoológia.

—Serian pichones usureros, y como tales, desprovistos de tan noble entraña; dijo el *adlatere* del anterior.

—O pichones que habrian puesto á los piés de sus palomas sus corazones enamorados; observó epigramáticamente la señora.

Para cortar por lo sano, y porque ya no me quedaba ni pizca de sufrimiento, cogí papel y pluma, y escribí al amigo consabido las siguientes líneas:

«Querido mio: Te devuelvo tu regalo, para que, si te place, lo metas y conserves

en un escaparate, porque será lástima que se eche á perder. Muchas habilidades sabia la Biberones cuando me la recomendaste, pero ahora posee infinitas. Sin embargo, no congeniamos, y lo peor es, lo conozco, que la culpa es mía. Figúrate que la urraca que no hay en mi casa, se bebe el vino de las botellas; ¿qué cosa mas natural? Pues bien; yo me empeño en sostener la contraria, y disputa al canto. Los chorizos y los garbanzos tienen, como es sabido, la pícara propiedad de salirse de las ollas cuando estas se hallan herméticamente tapadas, niégolo yo, y ya estamos enzarzados. Los gorriones de la vecindad se pirran por las obleas, y yo no quiero creerlo; Damiana necesita una para escribir á su padrino, y en vez de tomarla para el uso que yo ¡tonto de mí! creo que debe tener, se apodera de un puñado y se las engulle, como hace todo el



que escribe á su padrino. En fin, para que veas hasta donde llegan mis rarezas, un dia me eché á buscar corazones en las pechugas de media docena de pichones, sin ocurrírseme que no los tienen, en lo cual se parecen á ciertas hembras. Ya se vé, la pobre muchacha, con estas y las otras, está que trina contra mí. No enumero mas que los referidos hechos, porque de lo contrario seria cuento de nunca acabar; pero confío en que ellos bastarán para persuadirte de mis extravagancias y del mérito singularísimo de tu protegida la jóven Damiana Biberones.

Tuyo, etc.

## EL OTRO.

Tanto se ha propagado en nuestros días la afición al estudio de las antigüedades, que hay hombre que de buena gana se convertiría en ratón, para recorrer á sus anchas desde el primero hasta el último escondrijo de las bibliotecas y museos, roer pergaminos, golosear forros, y darse estúpidos atracones de papel viejo y de engrudo seco impregnado de ciencias; afición mas propia de tiempos de escasez y carestía, que

de los abundantes y baratos que gozamos, á Dios gracias. Pero confesemos tambien, para vergüenza de quien no la haya perdido (¡se pierde tan fácilmente!) que algunos ramos del saber humano están todavia en mantillas, pidiendo pasiega á toda prisa, y, entre otros, la historia y la biografía. Y sino, vamos á cuentas. ¿Qué nos dicen la biografía y la historia?

Agripina es un modelo de hembras, de mamás y de emperatrices; un dechado de compostura en pensamientos, palabras y obras; un ángel hecho y derecho.

Claudio Tiberio Neron, su hijo, es un bendito, que canta como Moriani, representa como Romea, toca la flauta como Sarmiento y... mata como Cúchares (¡Ruego al lector, entre paréntesis, que admire la sagacidad con que evito los anacronismos, y el respeto profundo que me inspira el ór-

den cronológico; parezco un verdadero historiador.) Prosigo, pues.

Calígula nombró cónsul á su caballo.... No me sorprende; el mérito siempre se premió de igual suerte por los encargados de distribuir recompensas; tampoco me sorprenderia que hubiese nombrado caballos á muchos funcionarios públicos de su tiempo.

Cárlos IX de Francia se interesaba de tal modo por la felicidad de su país, que era una compasion el verle atareado.... (¡Oh príncipe insigne!) en cazar moscas, cuando no cazaba hombres.

Francisco I perdió en la batalla de Pavía todo menos el honor, lo cual era precisamente lo que menos le importaba de todo.

Vellido Dolfos era tan certero en su puntería, que encajaba la punta de un venablo por el ojo de una llave: testigo el rey don Sancho, á quien, en el cerco de Zamora,

*fastidió* por mala parte, cuando, como dice el Romancero:

el buen rey se habia apartado  
con voluntad de facer  
lo que á nadie es escusado.

Hubo ocasion en que el Cid unció á su carro de triunfo seis ú ocho reyes; osadía que, en mi concepto, le hubiera acreditado de republicano rojo, si las cosechas de aquel tiempo hubieran producido semejantes frutos. *Et voila comme on escrit l'histoire*, que dicen los franceses. «¡Vaya unas noticias!» que decimos nosotros.

Escribir así la historia, maldita la gracia que tiene; para ese viaje no se necesitan alforjas. El caso es reseñar la vida y milagros, si por ventura los hicieron, de personajes envueltos en las densas tinieblas de los siglos; de notabilidades celebérrimas de

quienes, sin embargo, apenas se sabe una jota.

Levantáos de vuestros sepulcros, sombras sagradas de los CALAINOS (el de las coplas) ANTON PERULERO, CACHANO (el de las tejas), PICIO (el feo), CREÍQUE, PENSÉQUE, DON TECLYN, MARIQUITA LA PELONA, JUAN DE LAS VIÑAS: dejad vuestras tumbas, manes ilustres de los PERO-GRULLO, PADRE COBOS, PERICO (el de los palotes), LEPE (el sabiondo), CARDONA (el listo), AMBROSIO (el de la carabina), BERNARDO (el de la espada que ni pincha, ni corta), la TIA MARIZÁPALOS, EL REY QUE RABIÓ, EL BOBO DE CORIA: despertad de vuestra modorra, EL PRIMERO QUE ASÓ LA MANTECA, MARICASTAÑAS, CORRE-VE-Y-DILE, JUAN PERANZULES, (el de las bragas azules), LA TIA CALASPARRAS, DON GUINDO, EL REY PALOMO (yo me lo guiso y yo me lo como), y demas héroes y *héroas* que andais en

boca de todo el mundo , y no obstante, apenas sois conocidos. ¡Hurra! ¡Hurra! Romped vuestras fúnebres mortajas, y relinchad, y rugid, y tronad contra la injusticia y el olvido de cuantos biógrafos se ocupan en averiguar vidas y hechos ajenos.... ¡Hurra! ¡hurra! ¡hurra!

Entre esas celebridades, ante cuya grandeza retroceden los escritores mas audaces, cuyo nombre vuela de labio en labio en alas de la tradicion, pronunciándolo á menudo desde el último trapero hasta el primer magnate, descuella magestuosamente, como un empleado laborioso entre una nube de holgazanes... empleados, ó mas poéticamente, como el cedro de Líbano, *El Otro*, aquel esclarecido varon, que varon debió ser si no engaña el nombre, aquel Job del vulgo, que sin haberlo comido ni bebido, fué, es y será el blanco de las calumnias mas atroces.

¡Tal es la perra suerte que cabe en este valle de lágrimas á los buenos!

Afortunadamente, nunca falta un róto para un descosido, nunca falta una pluma para rehabilitar la memoria de esos génios, tan desgraciados como sublimes, y la mia va á ejercitarse ahora mismo en esta obra meritoria.

*El Otro*, segun varios autores de cuyos nombres no hace falta acordarse, y así quedará la verdad tan demostrada como si citásemos un centenar de ellos, nació no se sabe cómo, cuándo, ni dónde; pero es cosa averiguada que debió gozar grande importancia en su tiempo, importancia que ha ido creciendo con el trascurso de los siglos hasta alcanzar la inconmensurable que hoy tiene. ¡Ah! un dato precioso para la historia... le gustaban los nísperos, y tenia un lunar imperceptible en la rabadilla.

No deja de ser raro, si se quiere, que unos se apoyen en la autoridad irrecusable de *El Otro* para las cosas buenas, y que no falte quien pronuncie su nombre respetabilísimo para las cosas malas; pero lo cierto es que el hecho existe, ó hablando en términos de obstetricia intelectual, lo cierto es que el hecho se páre, por mas que no se conciba; fenómeno que tambien se observa á cada paso en los plagiarios de todas clases, que se llaman padres de hijos que no han engendrado y los dan á luz por suyos. El positivista, que no da crédito sino á lo que ven sus ojos y palpan sus uñas, desconfia de lo que no le ofrece las seguridades que ansía, y á lo mejor suele cortar una conversacion exclamando: *porque, como dijo El Otro, mas vale pájaro en mano que ciento volando*: el creyente, por el contrario, se espresa así: *como dijo El Otro, hombre des-*

*confiado, hombre desgraciado.* ¿Quién calumniará de los dos á *El Otro*? ¿Le calumniará efectivamente alguno de ellos? ¿Tendrán entrambos razon para citarle? ¿O será talvez *El Otro* de naturaleza tan acomodaticia y flexible, que así se avenga al escepticismo del primero, como á la buena fé del segundo? Si así fuese, ofrecería un espectáculo extraño á los ojos del mundo, porque felizmente, no hay hombre que se doble á viento alguno; firmes son todos en sus creencias, como pudiera serlo una roca de azúcar azotada por el Océano.

La primera vez que yo ví á *El Otro*, porque yo he tenido la suerte de verlo, fué en sueños, y, la verdad, quedé profundamente afligido al examinar su facha. Figúrensele mis lectores,—y se figurarán lo cierto,—con una cabeza tan grande como la media naranja de una catedral, y con la

frente llena de bollos, que era una desdicha.

Dióme gana de preguntarle:—¿Qué significan esos bultos?

—Son los chichones que me han levantado; me contestó.

—¿Has reñido con alguien? ¿Has sido matasiete?

—Nada de eso, y sin embargo...

—¿Y esas medallas que traes pendientes de las orejas, de la punta de la nariz, del chaleco y del alzapon? (porque usaba todavía alzapon). Observo esculpidas en ellas, si los ojos no me engañan, varias escenas...

—Estas medallas son los milagros que me han colgado.

—¿Has hecho milagros, por ventura?

—Ninguno; pero me los atribuyeron, y no tuve valor para protestar contra semejantes regalos.

—¿En dónde habitas?

—A ochenta mil millones y pico de leguas del mundo en que tú te agitas; y como vivo tan lejos, nadie teme achacarme lo que ni he soñado siquiera, por aquello de

El mentir de las estrellas  
es muy seguro mentir,  
porque nadie ha de subir  
á preguntárselo á ellas.

A veces cuando oigo á un hombre decir, como dijo *El Otro*, me dan ganas de coger un pedazo de cualquiera de los planetas vecinos, y de romper con él la crisma al impostor; pero al momento reflexiono que, para ser justo el sistema planetario necesitaria arrojárselo todo, pues son muchos los hombres que se ocupan en la tarea de levantar falsos testimonios, no solo á mí, sino á sus mismos hermanos.»

Hubiera yo dado un ojo porque no se

desvaneciese mi sueño, hasta penetrar los mas íntimos secretos de la historia misteriosa de *El Otro*; pero mi sueño huyó, y mis dudas principiaron á martirizarme de nuevo.

¿Quién es, pues, *El Otro*? preguntará el lector curioso. ¿No lo sabes? le pregunto yo á mi vez; no te dé pena: la presente biografía nos dejará á tí y á mí en la mas deliciosa ignorancia. Veamos, no obstante, si podemos explicar por analogía su interesante existencia.

¿No has tenido nunca, lector afortunado, un panadizo, un dedo malo? No sabes lo que es bueno. Pero supongamos que lo has tenido, y eso supuesto, habrás observado que todo parece que conspira á chocar contra él, aumentando el dolor, el cual, á consecuencia del mas leve contacto, te hace ver las estrellas cuando el sol inunda de luz la tierra.

Pues bien; *El Otro* es una especie de dedo malo. Tengo para mí tambien que debió nacer en el hermoso, olvidado y antiguo reino de Galicia; y me fundo para pensar así, en que cuando á un individuo inocente se le atribuyen con pertinaz empeño acciones ó palabras que no ha ejecutado ni dicho, y de las que resulta perjuicio á tercera persona, el individuo en cuestion, apela para defenderse, á la conocida frase de *nunca ha de faltar un gallego á quien echar la culpa de todo*.

Sí, amados lectores; *El Otro* es el dedo malo, el gallego del proverbio, el yunque eterno del furibundo martillo de la calumnia, la muletilla del mentiroso y del ignorante, el atajo de los que, no acertando á concluir un razonamiento, y de los faltos de memoria, que, no recordando á quien oyeron tal ó cual palabra, tal ó cual conversacion,

salen del paso con un: *porque como dijo El Otro...* ¡Mentira! mentira! mentira!

Sébase de una vez para siempre, que *El Otro* ha debido ser lo mas callado del mundo, y dicho se está que hubiera sido un excelente diputado en un congreso de mudos ó de alcornoques. El empeñarse en achacar alternativamente palabras buenas y malas, vicios y virtudes, crímenes y escelencias, milagros y heregías, al ente mas inofensivo de cuantos han poblado los espacios imaginarios, es solo hazaña digna de los que siguen (y cuidado que no son pocos) la máxima de vastadora de dar al prójimo contra una esquina.

## EL RASTRO DE MADRID.

La primera vez que vine yo al Rastro (y digo *vine*, porque actualmente somos vecinos, y ya nos conocemos *bastante*) fué una hermosa mañana de abril, en la que el cielo risueño, azul y transparente, parecía que derramaba todos los esplendores de su luz, y el aire del campo (que al lejos se distinguía como una alfombra de verdura) todo su tibio y perfumado aliento sobre este punto de Madrid que me habían pintado con negros

y tristísimos colores. El Rastro, plazoleta no muy regular, comprendida entre las calles de los Estudios de San Isidro, Maldonadas, Embajadores, Ruda y Ribera de Curtidores, (que en realidad tambien forman parte de él, y especialmente la última) apareció á mis ojos como el mercado mas alegre, mas bullicioso y mas concurrido de la coronada villa, disipando las nubes que habia levantado en mi cerebro la relacion de lo que debia presenciar en este sitio.

Un amigo, algo misántropo, me habia asegurado que el Rastro era una especie de cementerio, en cuyos nichos venian á depositarse tarde ó temprano los últimos restos del lujo y de la miseria cortesana.

Segun las frases hiperbólicas de otro, poeta por mas señas, que acababa de leer al Dante, era *la antesala de la muerte*, y opinaba que, para aviso y escarmiento de las

gentes, debia ponerse á su entrada la terrible inscripcion de la Divina Comedia: *Lasciate ogni speranza voi ch'intrate.*

Pregunté á un hombre de negocios, y me respondió que era la *Bolsa de la miseria.*

Un médico lo comparaba á *un cáncer*, y las calles adyacentes á otras tantas raíces del mismo tumor, las cuales, ramificándose y subdividiéndose, penetraban con diversos nombres en el corazon de la capital.

Un filósofo pesimista lo definia de la manera siguiente: «El Rastro es el Madrid verdadero, el Madrid desnudo, el Madrid que, arrojando la careta que le cubre, y despojado del traje del Carnaval cotidiano, va á sentarse pensativo, solitario y angustiado allí, en aquel muladar hediondo, como un leproso, y á enseñar al cielo las llagas profundas que

corroen sus miembros podridos, semilleros inagotables de gusanos.» Y en seguida me recitó estos versos del libro de Job <sup>1</sup>:

.....  
 Aun mi propia mujer huyó mi aliento  
 con asco, y mis brazos, y rogada  
 no quiso en su regazo darme asiento.

.....  
 Los que antes eran del secreto mio,  
 abominan de mí; y estos preciados  
 amigos, me maltratan con desvío.

Mis huesos al pellejo están pegados,  
 y ya de consumido, brotan fuera  
 los dientes sobre el cuero señalados.

¡El Rastro! Desde mi llegada á Madrid estaba zumbando en mis oídos esa palabra fatídica, lúgubre, pavorosa, que, á mi juicio, compendia todos los desastres, todos los desengaños, todos los dolores, todas las

<sup>1</sup> Trad. por Fr. Luis de Leon.

agonías supremas, conocidas ó ignoradas, de la vieja metrópoli de dos mundos.

Yo veía levantarse de la noche á la mañana teatros y estátuas, palacios y fuentes, jardines y paseos; construirse calles enteras; abrirse al comercio, á la industria y á las artes magníficos establecimientos, y pensaba con asombro:—¿Es posible que cuando todo en la corte se renueva ó varía, solamente el Rastro conserve la fisonomía peculiar característica con que le conocieron nuestros padres y nuestros abuelos? ¿Estará ahí el Rastro como un consejo saludable y elocuente, como una amenaza sombría, como un faro salvador, ó como una de esas cruces negras que vemos á orillas de los caminos, en memoria de crímenes atroces, para que recemos un *Padre nuestro* por las víctimas, y huyamos presurosos del lugar de la catástrofe?

El espectáculo que yo presenciaba, contradecía semejantes ideas.

Una plazuela abundantemente surtida de los artículos mas necesarios á la vida; carnes de vaca, de cerdo y de ternera; caza, pescados, legumbres y frutas; una mesa, donde se despachaba café; otra, donde vendian leche; una multitud vocinglera, que se codeaba, pisaba y estrujaba, porque no cabia en tan estrecho espacio; señoras, aunque pocas; criadas muchas; aguadores y asistentes de tropa; desocupados y curiosos de ambos sexos; puestos humildes, pero limpios, de loza basta, cristalería, pañuelos, calcetines de algodón, medias de lana, y otras menudencias del comercio ordinario; alguna rabanera; tal cual muchacha con olorosos ramilletes de rosas, dalias, albahaca, yerba luisa y claveles... Hé ahí, en globo, el Rastro, segun se me ofreció al primer golpe de

vista , causándome una sorpresa tanto mas agradable, cuanto que, fuera de algunas exclamaciones groseras ó agudezas desvergonzadas , oí diálogos que revelaban el gracejo natural de los hijos de Madrid , pintado con singular maestría por el valiente pincel del Goya de nuestra literatura, el ingenioso don Ramon de la Cruz, en sus populares *Sainetes*.

—Soy nuevo en la corte (me dije), y mis amigos pretenden sin duda divertirse á mí costa : el Rastro de que me han hablado es un ente que no existe, un fantasma imaginario , un espéctro abortado por el delirio, un mito medroso en el cual, escritores visionarios, extraviados por una aberracion mental lastimosa, ó idólatras ciegos de tradiciones sin origen cierto, han querido, no sé por qué razon, ni con qué fundamento, personificar el trágico fin de todas las grandezas y de todos los placeres.

El sol, en tanto que yo así discurría, continuaba derramando su luz, que acaso un poeta pobre hubiera llamado lluvia de oro, por aquello de: soñaba el ciego que veía. De vez en cuando algunos pajarillos, revoloteando sin dirección fija, se posaban en los aleros de los tejados ó en los hierros de los balcones adornados con tiestos llenos de enredaderas y flores, y saludaban con tiernos pios la venida de la primavera; por otra parte, el alegre vocerío del mercado hubiera sido suficiente para disipar las melancolías del hombre mas tétrico del mundo.

Ya iba yo á calificar de calumniadores al misántropo, al poeta, al médico, al hombre de negocios y al filósofo, cuando héte aquí que, abriéndose paso por entre la apiñada concurrencia, atravesó el Rastro, entre cuatro soldados y un cabo, una docena de mozos (ó mejor dicho, de niños) lugareños;

uños en mangas de camisa y con pañuelo á la valenciana atados á la cabeza; otros con chaquetilla, faja y calañés adornado con lazos y escarapelas de seda; pero todos cabizbajos, silenciosos, tristes como si les llevaran al suplicio; los cuales habian caido quintos en el último sorteo. Venian de la calle de Embajadores, y al entrar en la de las Maldonadas, un moceton, alto y musculoso como un Hércules, que cerca de mí estaba, les dijo lanzando una risotada:

—¡Mira qué alegres que van! ¡Animo, hijos mios, que ya poco os falta para tomar la licencia!

Este sarcasmo brutal me recordó los funestos precedentes del sitio en que me hallaba, y despues de una serie de racionios incoherentes, confusos, tumultuosos, mi imaginacion, impulsada por una fuerza desconocida é irresistible, me transportó al seno

de las familias de aquellos infelices; y ví madres sin hijos, hermanos sin hermanos, padres sin apoyo, hogares frios y abandonados, campos estériles, amores sin consuelo; y oí suspiros, y sollozos, y lamentos, y oraciones que no sosegaban el mar de lágrimas que vertían tantos desventurados.

Una jóven, bien parecida, que estaba dando el pecho á un niño, oyendo la esclamacion estúpida del jayan, dijo:

— ¡Calla esa boca! Anda malas entrañas, que no tienes corazón.

E inclinando su rubia cabeza comenzó á besar á la criatura que estrechaba en sus brazos, añadiendo con reconcentrada amargura:

— ¡Y para eso damos á nuestro hijos la sangre de nuestras venas!

Desde este instante la escena varió á mis ojos. Miré á la derecha, y ví una mujer an-

drajosa, trémula, encorvada que, semejante á una vid seca, llevaba colgados de sus hombros, columpiándose bruscamente, dos racimos de botas y zapatos de cabra, de becerro, de charol, de paño, de raso y de satén; pero rotos, súcios, remendados, faltos de tacones, ó de cañas, ó de suelas. Cubria la cabeza de la siniestra aparicion un calañés nuevo, *al parecer* (porque en el Rastro, como en literatura, nada puede asegurarse que sea nuevo); y encajado encima de él, siguiendo un órden gerárquico riguroso, un sombrero de copa alta, sin alas, con varios hundimientos, pelado á trechos, y de color indefinible. Por último, una capota de raso y de hechura antigua, con flores de tela, arrugadas y descoloridas, en las carrilleras, y pendientes de un brazo delgado y tendinoso, un par de vestidos de seda en buen uso, completaban aquella prendería ambulante.

te y acaso todo el capital de su dueño.

—Cabayerito, cabayerito (me dijo, levantando un poco el brazo), cómpreme usté pa su novia este par de alhajas, y hará una obra de caridá. No se figure usté que son por *hay* de alguna de poco mas ó menos. ¡Pobreciya! ¡Era una muchacha como un sol! Un tunante (¡lástima de garrote!), me la sacó engañá de su casa, la mercó estas prendas pa la boda, y despues el arrastro... ¡que si quieres! Orozco, no te conozco. La chica, ya se vé, se arrecogió otra vez en casa de los suyos como una oveja descarriáa, y se fué poniendo lo mismo que la cera, y tan encanijáa como una lambrija. Si hoy no hago dinero (añadió verdaderamente conmovida), su madre no podrá mandar que recen mañana un responso por el alma de la niña; porque está en sus últimos, acabándose como un pajarito.

¡Aquellas galas de boda iban á servir tal vez para comprar una mortaja! Habian ido á parar al Rastro, y la voz del poeta resonaba en mis oídos: *Lasciate ogni speranza.*

No quise preguntar, ni oír mas historias. ¿Ni para qué? ¿No veía escrita con caractéres horribles, en todo lo que me rodeaba, la epopeya del dolor y de la miseria, á derecha é izquierda, delante y detras de mí, en el suelo y en los cajones, en tenduchos, en covachas tenebrosas y desmanteladas, y hasta en la fisonomía de muchos de los que traficaban en el Rastro?

Obras científicas y descabaladas; pastas sin libros; jaulas sin pájaros; tinajas sin fondo; botellas sin cuello; guitarras sin voz ni cuerdas, y llenas de pegotes de lienzo y papel; mesas cojas; sillones mancos; quinqués, lámparas, velones y candiles sin luz;

braseros sin fuego ; platos resquebrajados, y cacharros de fuentes , cazuelas , pucheros y barreños ; vidrios empañados y rotos ; chimeneas inservibles ; sartas de botones de metal descascarillados ; hileras de zapatos corcusidos groseramente , grasientos , sin lustre , nauseabundos ; correages y monturas podridas ; medios tapones de corcho ; pedazos de clavos ; ristras de tiras de paño, lavadas y cepilladas , y retazos de telas, cuyos colores habian recobrado cierta vida enfermiza , merced al jabon ; colchones fofos, y jergones raidos , amarillentos , que quizás habrian pasado allí desde los hospitales y los cementerios ; sables como sierras, sierras desdentadas, y dientes de sierras ; espadines romos ; pistolas y cachorrillos desarmados ; llaves sin guardas ; campanillas cascadas ; escribanias agujereadas ; cascabeles mudos, y otra infinidad de objetos de bronce , de

acero, de hierro, de estaño, de latón; pero todo viejo, todo inútil al parecer, amontonado, lleno de abolladuras, confuso, repulsivo, tomado de orín, repugnante, hendido, mutilado.

Medio aturdido y necesitando respirar otro aire mas puro, volvíme á casa, con ánimo, sin embargo, de proseguir por la tarde mis observaciones, pues podría verificarlo mas á mis anchas.

La hora de la tarde, que fué la del crepúsculo, elegida para mi intento, daba una solemnidad misteriosa á aquella escena de aniquilamiento. A lo lejos, hácia la parte de poniente, los postreros rayos del sol arbolaban con los colores del iris las nubes que, á manera de islas flotantes, se mecían sobre el horizonte; pero el cielo del Rastro era oscuro, pesado, informe, y envolvía en su manto de sombras el teatro de mis me-

ditaciones. El olor era de cementerio.

Cada uno de los objetos anteriormente mencionados, me hablaba con una elocuencia tremenda, fascinadora.

Poseído de un vértigo supersticioso, parecíame que en el fondo de aquellos casuchos, que en las entrañas de aquel mundo muerto, todos los objetos gesticulaban y se reían, andaban y gemían, murmuraban y gritaban, lanzando alternativamente ayes, blasfemias, suspiros, carcajadas y oraciones, y que cada cual me iba diciendo su historia en palabras concisas y aterradoras.

—Yo (decía una chupa bordada con seda de colores), de un palacio pasé con mi dueño á una boardilla, de la boardilla á una prendería, de la prendería aquí.

—Yo (respondía una sábana), he servido varias veces de mortaja.

—Yo soy despojo del orgullo.

- Yo de una bancarrota.
- A mí me trajo un ladron.
- A mí una prostituta inválida.
- A mí el juego.
- A mí el hambre.
- A mí el cólera-morbo.
- A mí la muerte.

Fuéronse cerrando los cajones y las covachas, y desaparecieron los puestos del suelo, á medida que la sombra aumentaba; las campanas plañian el toque de oraciones, y los murciélagos aleteaban sobre aquel desierto que se iba quedando cada vez mas solitario. El único ruido que yo percibia, era el ocasionado por la monótona caída del agua de una fuentecilla miserable, en su mayor parte de ladrillo, y sin mas que un caño, situada en la Ribera de Curtidores, frente á la calle de las Amazonas, que, adquiriendo nueva forma al fantástico resplan-

dor de la luna, que ya asomaba, parecia el ángel del dolor llorando sobre una urna.

Amargamente conmovido me retiré con lentitud hácia el centro de la poblacion, esperando que el bullicio, la alegría, el movimiento, la vida, en fin, que siempre reinan en las principales calles, ahuyentaria los negros fantasmas que poblaban mi imaginacion. ¡En vano! Estaba de Dios que no habia de descansar aquella noche. Una voz secreta me gritaba

Al pasar cerca de un hospital: *los hospitales son el Rastro de la salud;*

Al pararme junto á un teatro: *los teatros son el Rastro de la literatura dramática;*

Al acercarme á un cuartel: *los cuarteles son el Rastro de las esperanzas mas santas y mas queridas;*

Al oír á un beodo: *las tabernas y las*

*fondas son el Rastro de la temperancia;*

No lejos de un edificio del Estado: *la ambicion es el Rastro de la moralidad;*

Al recorrer la Carrera de San Gerónimo, y otras calles inmediatas: *estas son el Rastro del pudor;*

Al tomar en el Suizo un periódico: *la política es el Rastro de las virtudes cívicas;*

Al leer en él la cotizacion del dia: *la Bolsa es el Rastro de la buena fé y del crédito.*

Reflexionando en el momento en que escribo estas líneas, que mi mala ventura me ha ido empujando del centro de Madrid á la calle en que ahora vivo, no puedo menos de pensar tambien en el destino futuro de mis ilusiones mas bellas, exclamando:

—La posteridad vendrá mañana como una trapera á la puerta de mi casa, y es-

carbando y revolviendo con gancho seguro los montones con que tropiece, encontrará en ellos mis pobres borradores, harapos de gloria soñada, que tantas vigiliás, y tantas privaciones, y tantas lágrimas me han costado, y los llevará al Rastro, en donde quedarán olvidados y confundidos entre los mil y un harapos del lujo y de la miseria, del dolor y de la alegría, de la felicidad y de la desgracia.

## LA PULGA ERRANTE.

GRAN FÁBULA PARA NIÑOS GRANDES (HOMBRES).

### I.

A punto estaba yo anoche de dormirme, con el suave calor de la cama y el no tan suave cansancio del día, cuando una maldita pulga dió en picarme repetidas veces, como si de mi cuerpo intentase estraer alguna sustancia; aunque, bendito sea Dios, no me pesan gran cosa las carnes, pues soy un en-

jerto de espíritu vital y huesos. A juzgar por los aguijonazos que me daba, la pulga pudo haber habitado bastante tiempo en la tienda de algún barbero *brusista*; toda vez que los *brusistas* creen que la medicina no consiste sino en sajar venas y sacar sangre del malaventurado prógimo que en sus rapantes uñas cae. Obligóme, pues, el pícaro vicho á encender un fósforo de cerilla, con ayuda del que logré atrapar al homicida y meterle en la capilla de mis dedos.—«¡Oh revolucionario, sanguinario, incendiario y sicario animalejo! —esclamé; no te librarás tú del merecido castigo, como ciertos hombres que chupan la sangre á los pueblos, y luego se marchan con la música á otra parte, sin que nadie les siga la pista». Apesar de este inocente desahogo, no me pareció regular dar muerte á la pulga, por lo que voy á decir.

Todos hemos leído, cuando íbamos á la escuela, á Samaniego, Iriarte, La Fontaine y otros fabulistas; y todos sabemos que el raton, el lobo, el burro y otros animales hablan como cualquiera hijo de vecino, y aun enseñan consejos muy dignos de tenerse en cuenta. Digo esto, porque viéndose la pulga en tan crítica situacion, rompió el silencio con una voz delgadita y lastimera, en esta forma:

—Si yo tuviese la seguridad de verme libre, le contaria á usted las estupendas aventuras que me han sucedido en mis viajes y correrías; pero ya estoy sentenciada á muerte, ya no me resta esperanza, ya no hay quien interceda por mí, y llevaré á la tumba el desconsuelo de no ser escuchada. ¡Cómo ha de ser! Tribunales y jueces hay tambien entre los hombres, que condenan muchas veces solo por pasiones ó miras particulares, sin prestar

oreja, ya que no oído, á los infelices acusados. Afortunadamente, el cielo de las pulgas (nosotras creemos en un cielo), se me abrirá de par en par, á causa de haber sido yo tan bonachona que, mientras otros seres de mi especie daban cien picadas, yo daba solamente noventa y nueve.

Sorprendíme al escuchar tales palabras en un animalejo tan ruin como es la pulga; y, entrando en deseos de saber cuales eran las estupendas aventuras que me tenia que contar la prisionera, le contesté en estos términos:

—Si de algun provecho me puede ser tu relato, desde ahora te doy mi palabra de soltarte; mas si conozeo que tu peticion es un pretesto para eludir mi justo enojo y escaparte, asegúrote que he de arrancarte la cabeza con un alfiler y he de estrujarte viva. Ya puedes comenzar.